

## Los lugares del hispanismo

Fernando Cabo Aseguinolaza  
Universidade de Santiago de Compostela

La reflexión sobre el hispanismo se ha convertido en todo un género. Lo mismo que el lamento más o menos acerbo —casi siempre más— sobre la situación peninsular en este sentido, con el énfasis normalmente puesto en la impermeabilidad y el retraso de la práctica de los estudios literarios en España respecto al estándar de modernidad definido no se sabe muy bien dónde. Seguramente habría que comenzar por definir qué es un hispanista. ¿Se trata simplemente de un especialista en el ámbito hispánico? ¿O debe añadirse la implicación de una mirada exógena y del juego de heterocaracterizaciones que han definido los estudios literarios desde al menos la parte final del siglo XVIII? Hay que recordar algo importante: la noción de literatura española surgió en un contexto europeo y como producto de un programa cultural no precisamente hispánico, y sólo después sería objeto de la apropiación de un círculo político e intelectual no

muy amplio a partir de los años cuarenta del siglo XIX en torno, sobre todo, al proyecto nacionalizador del liberalismo moderado en el poder. El resultado, palpable aún hoy, es la configuración de literatura española al servicio de un proyecto programático sin el que se entiende mal el proceso de institucionalización de los estudios de literatura española. Conviene subrayarlo de entrada para tener bien presentes no sólo las hipotecas internas —esto es, estrictamente peninsulares— de esta noción, sino también su vinculación con el diseño internacional de la institución literaria y la importancia de las tensiones geoculturales que han actuado de forma muy consistente atribuyendo, por un lado, al ámbito hispánico una posición de marginalidad en relación con el mundo moderno y creando, por otro, una fragmentación entre los distintos espacios desde los que se ha practicado el hispanismo, particularmente entre el interior y el exterior de la península.

En algunos casos, la piedra de toque de la posición global del hispanismo, tanto dentro como fuera de España, ha sido su relación con la teoría, en un sentido amplio del término que incluiría lo que en los últimos tiempos se ha dado en llamar posteoría. En efecto, el discurso teórico aparece revestido con frecuencia de las connotaciones de universalidad y cosmopolitismo frente al localismo metodológico y epistemológico que se atribuye a los estudios hispánicos, muy particularmente en sus variantes peninsulares. Con los matices necesarios, resulta una manifestación más del planteamiento geocultural básico arraigado en la misma entraña del hispanismo, e incluso de la formulación de la literatura española como literatura nacional, que es fácil reconocer desde sus raíces germánicas en el Romanticismo. Lo realmente importante en nuestro caso es advertir que el internacionalismo y el cosmopolitismo literarios no se hurtan a esta actitud básica de subordinación: más bien es la condición que los hace posibles. Y tampoco es ajena a ella, en casos además muy sintomáticos, la visión globalizante asociada a algunas de las formas básicas del discurso teórico más reciente. Atiéndase, si no, a las siguientes palabras con que Paul Julian Smith introduce la serie editorial Oxford Hispanic Studies, en la que, por ejemplo, se ha publicado uno de los libros más relevantes del reciente cervantismo, *Cervantes, the Novel, and the New World* de Diana de Armas Wilson (2000). Tras dar cuenta de la “revolución” producida en el ámbito de las humanidades durante los últimos veinte años, escribe:

The *Oxford Hispanic Studies* reflects the fact that Hispanic studies are particularly well placed to take advantage of this revolution. Unlike those working in French or English studies, Hispanists have little reason to genuflect to a canon of European culture which has tended to exclude them. Historically, moreover, Hispanic societies tend to exhibit plurality and difference: thus Medieval Spain was the product of the three cultures of Jew, Moslem, and Christian; modern Spain is a federation of discrete autonomous regions; and Spanish America is a continent in which cultural identity must always be brought into question, can never be taken for granted.

Bajo la expresión de simpatía, a veces un tanto condescendiente, que subraya la anomalía hispánica respecto a otras tradiciones hegemónicas para resaltar su atractivo a los ojos de un ámbito geocultural necesariamente distinto, no deja de señalarse la desigual y tardía asimilación de los “new models of critical theory” en el área hispánica y de lamentarse implícitamente la renuencia de los hispanistas a adoptarlos. Porque esa adopción se entiende, de hecho, como la expresión de la incorporación a la contemporaneidad del hispanismo y del propio mundo hispánico y, en suma, de su asimilación por parte de la globalidad teórica que, a pesar de todo, Paul Julian Smith preconiza. La paradoja es evidente: se resalta con aprobación la diferencia cultural del mundo hispánico respecto a los centros hegemónicos del discurso teórico e intelectual moderno y, al mismo tiempo, se insta a su homologación y puesta al día con respecto a los parámetros de esos mismos centros. Acaso como una manifestación de la preferencia por concebir lo hispánico antes como objeto que como sujeto del discurso. Y seguramente ese sigue siendo el verdadero problema: la incapacidad para asentar un discurso plenamente válido desde los territorios variados y complejos del mundo cultural hispánico.

Por otro lado, no es sorprendente que la ansiedad por buscar esta homologación haya sido mucho más perceptible en los entornos académicos no peninsulares que en la propia península. La conciencia de marginalidad y provincianismo intelectual ha sido en ellos mucho más acuciante sin ninguna duda, ante la presión tan próxima de otros departamentos y disciplinas afines al desarrollo del discurso teórico en los últimos cuarenta años.

Añádase a ello otro aspecto en absoluto desdeñable, que contribuye a explicar algunas de las paradojas que afectan a esta situación. Puede

servir como ejemplo el caso de Américo Castro y de su línea de interpretación de la literatura española desarrollada a partir de su llegada a Princeton en un período de expansión del sistema académico norteamericano. De una parte, Castro representaría la encarnación del humanismo liberal a la que supuestamente se opondría buena parte de la tradición posmoderna identificada con el llamado Nuevo Hispanismo. Pero, de otra, su tendencia a enfatizar el trasfondo de conflictiva diversidad étnica de la España áurea y su idea de que —en palabras de José-Carlos Mainer— “toda literatura oculta y, a la vez, revela un secreto del autor” se compadecen a la perfección con las estrategias hermenéuticas de muchos movimientos postestructurales. En suma, habría creado ciertas bases intelectuales sobre las que asentar el distanciamiento del hispanismo norteamericano reciente respecto a la tradición más ortodoxa de los estudios de literatura española y también sus esfuerzos de aproximación y homologación con los estándares más prestigiosos de los estudios literarios y culturales contemporáneos. Pero, además de lo que pueda haber significado para el hispanismo norteamericano, el caso de Castro ilustra la escisión de una tradición peninsular, surgida del humanismo liberal y nacionalista de los primeros decenios del siglo XX, que fue sometida a un verdadero proceso de transculturación a través del extrañamiento vinculado al exilio. Y no cabe duda de que una de las consecuencias de esta circunstancia, inextricablemente unida a la capitidisminución de la crítica cultural en la península, fue el empobrecimiento de los estudios literarios en el ámbito español y, muy especialmente, la escasez de un discurso crítico consistente sobre la literatura, al margen de excepciones muy notables en algún caso.

Estamos hablando, en suma, de la confluencia de factores de tipo geocultural, que afectan a la posición global del hispanismo como discurso disciplinar, y a la situación política e histórica de la España posterior a la Guerra Civil. Pero, evidentemente, también ha de valorarse la influencia de las peculiaridades del sistema universitario español, y, para ir a lo particular, de los efectos del sistema administrativo y académico, basado en las llamadas áreas de conocimiento, vigente a partir de los años 80. Áreas que separan en compartimentos casi estancos la lengua de la literatura castellana entre sí, y a ambas de la portuguesa, la catalana, la gallega o vasca, al tiempo que definen un recinto específico para la teoría literaria y la literatura comparada y dejan, imperdonablemente, sin un reconocimiento específico a la docencia e investigación sobre literatura y cultura

hispanoamericanas. La tendencia al encastillamiento en los considerados como territorios propios y las pugnas vecinales por la propiedad de tales o cuales materias ha sido un fenómeno realmente digno de nota, aunque las consecuencias más graves tienen que ver con el obstáculo añadido que esta articulación ha supuesto para cualquier iniciativa que apuntase a un horizonte interdisciplinar. Se trata, a pesar de todo, de una situación que ha ofrecido algunas ventajas a ciertos sectores que buscaban un ambiente algo más acogedor, y de hecho no pueden negarse algunos efectos positivos claros y el desarrollo de nuevas líneas de trabajo e investigación. Con todo, parece claro que la compartimentación en áreas, con su gran rigidez administrativa y académica, resulta ya falta de toda pertinencia, al menos de la manera en que se han entendido hasta ahora. De modo especial cuando la rotundidad cultural y epistemológica del hecho literario, sobre todo concebido desde perspectivas nacionales, parece más dudosa cada vez. De todo ello pocas ilustraciones mejores se pueden ofrecer para el análisis que lo mucho que dejó escrito a partir de 1985 Claudio Guillén, tristemente fallecido estos mismos días.

Pero hay también otros aspectos que apuntan ya no a las posibles explicaciones de las circunstancias presentes, sino al futuro de nuestras disciplinas. Quisiera señalar algunas de las coyunturas a mi juicio más decisivas en el profundo proceso de renovación que se está viviendo en la actualidad. Me parece cada vez más palpable, por poner un caso, la quiebra del modelo nacional de literatura española institucionalizado a mediados del siglo XIX, y hoy confinado a los círculos vinculados al proceso intenso de especialización académica —quevedistas, calderonistas, cervantistas, pardobazanistas...— de los últimos treinta años. Y se podría hablar incluso de la crisis latente, y seguramente todavía por venir, de los modelos nacionales relativos a las otras literaturas peninsulares, incluida la portuguesa. Es un paso necesario para superar lo que Edward Said llamaría las estructuras filiativas, y no tanto afiliativas, que en muchos casos siguen regulando las prácticas disciplinares en España. De este modo, comienzan a aflorar nuevas cartografías y modelos, que afectan a la situación de cada una de las tradiciones en un contexto de globalización cultural, a la redefinición tan necesario de los ámbitos propios de cada literatura (tradicionalmente ligados al mapa de la nación, con o sin estado) y a la liberación de los objetos de estudio de las constricciones y exclusiones propias de los relatos nacionales clásicos.

Lo dicho implica un panorama de complejidad creciente. Se podría pensar que esa complejidad va de la mano, en muchos casos, con la simplificación y, hasta a veces de la omisión completa, de la lectura atenta, esto es, de la crítica en sentido fuerte de los textos, diversos y complejos, del pasado y de su investigación específica. Seguramente es así, a veces incluso por exceso de especialización filológica y ecdótica. Pero es cierto, indudablemente, que las características de los estudiantes y sus intereses han cambiado de una manera difícil de exagerar, lo cual afecta también al terreno del posgrado y, se quiera o no, a las líneas de trabajo e investigación de los profesores e investigadores universitarios; y en la nueva economía del mercado académico esto está siendo decisivo. Se han ausentado, en suma, los destinatarios tradicionales de los saberes académicos. Tanto es así que se produce la paradójica situación de que, mientras fuera de España la demanda por los estudios hispánicos crece, aquí la matrícula ha descendido de una forma nada fácil de disimular, por mucho que se pueda apelar a que se trata de un descenso relativo habida cuenta del aumento del número de universidades y, en general, de la oferta académica. Y en un contexto cada vez más pragmático y regido por la lógica de las cuentas de resultados estos factores se vuelven determinantes. Explican en parte, por poner de nuevo ejemplos, la orientación —todavía incipiente— hacia el análisis cultural, más que hacia los estudios culturales al modo anglosajón, y la atención mayor cada vez hacia lo visual, así como a un cambio muy veloz de los protocolos de la investigación y la comunicación académica. Sobre todo porque la investigación tiene ahora fundamentalmente un valor de cambio.

La inminente y nueva reforma de los planes de estudio universitarios parece anunciar una mayor autonomía de cada universidad para definir y diseñar su oferta, incluida la de los títulos de grado, así como la flexibilización de las actuales áreas de conocimiento. En un marco en que la literatura ha comenzado a perder el excesivo peso —nacional y programático— de que gozaba, será sin duda una oportunidad para redefinir la situación presente, tanto más cuanto que esta redefinición debería realizarse, casi diría que por imperativo legal, con horizonte europeo, que en realidad debería ser una llamada a una completa reconsideración de los marcos geoculturales y académicos de nuestras disciplinas. ¿Será así? Quizá, pero también podría ser la exposición sin ambages de la incapacidad de todo un espacio institucional para afrontar la modificación de las condiciones que lo hicieron posible, aunque fuese

limitando lastimosamente sus posibilidades. Y, por otra parte, la universidad ha bloqueado en la práctica la incorporación con un mínimo horizonte de estabilidad a los investigadores nacidos a partir de los años setenta, de los que debería proceder buena parte del impulso necesario para que los cambios inminentes no se queden en una mera acomodación resignada. Porque uno de los riesgos, evidentemente, es el de asumir una posición aún más periférica y ancilar en virtud de un pretendido pragmatismo. Habrá que ver lo que sucede.

En cualquier caso, otro aspecto que merecería tenerse en cuenta en cualquier reflexión sobre estas cuestiones es la ausencia en el ámbito español —y no solo en él— de foros de verdadera referencia —revistas, editoriales...— como para servir de lugar de encuentro eficaz. Proliferan, evidentemente, muchas iniciativas de alcance limitado y perviven algunas venerables revistas que, en general, han llevado mal los cambios de todo tipo en el espacio de los estudios literarios e hispánicos. Otras iniciativas no terminan de asentarse y favorecen, en muchas ocasiones, la sensación de fragmentación y de ansiedad publicista. Acaso sería ahora el momento para empresas ambiciosas y exigentes que buscasen acoger un nuevo horizonte de intereses, superando el radio reducido habitual y definiendo con rigor y pertinencia nuevos circuitos de comunicación que superasen las circunscripciones ya agotadas en que se han movido tradicionalmente los estudios literarios y culturales hispánicos y contribuyesen a una redefinición del campo. Y esto tanto en lo que toca a la manera de entender su objeto —las nociones de cultura y literatura— como a la hora de superar la lógica geocultural que lo ha determinado.

